

lo propio en Hiroshima, abrazos a supervivientes incluidos. Ahora bien, esa reconciliación se construye después de la derrota del fascismo en 1945, tras Núremberg y Tokio. Nadie se puede reconciliar con el fascismo, con el nazismo, con el genocidio. La reconciliación es un discurso surgido de la derrota, lo piden los vencidos (Verbitsky).

Lo que se pide en Belchite entonces, la dificultad que el autor detecta en la imposibilidad de incardinar el discurso de la guerra española en el discurso de la guerras del siglo XX late en la negación de lo que ante todo es el escenario zaragozano: un lugar de matanzas. Dicho de otra forma, se pretende el encaje imposible de situar Belchite como el testigo mudo de un escenario de destrucción masiva, «ruinas de guerra» en el orden de Oradour, eludiendo el aspecto sustancial que hizo tal emblema al pequeño pueblo francés: no la «guerra» en abstracto, sino la masacre, el genocidio.

Aquello que no fue habitual en el frente occidental, aunque sí fue la norma en el este y también lo había sido antes, en otra escala por supuesto, en España. El gran esfuerzo memorial del franquismo al alzar sus velos y pantallas sobre el pasado fue negar primero que fuese un régimen golpista, para después asegurar que toda la violencia desencadenada fue producto de una «guerra», más exactamente una «guerra civil». Así, mientras las ruinas del viejo Belchite y la fisonomía del nuevo Belchite se ven a simple vista, las fosas comunes, los restos de los campos de concentración y trabajadores, los lugares de ejecución y matanza, han de ser rastreados con georadares. No hablamos de pasado entonces, ni de olvido, sino de negación e impunidad. Es esa una de las lecturas que nos sugiere el *Belchite* de Stéphane Michonneau, de cuya riqueza, complejidad y profundidad apenas se quiso dejar aquí una pequeña muestra.

---

Antonio Míguez Macho

Histagra-Universidade de Santiago de Compostela

antonio.miguez@usc.es

ANDERSON, Peter, *¿Amigo o enemigo? Ocupación, colaboración y violencia selectiva en la Guerra Civil española*, Granada, 2017, 245 págs., ISBN: 978-84-9045-528-9.

FUERTES MUÑOZ, Carlos, *Viviendo en dictadura. La evolución de las actitudes sociales hacia el franquismo*, Prólogo de Ismael Saz, Granada, Comares, 2017, 287 págs., ISBN: 978-84-9045-414-5.

La Guerra Civil y el franquismo siguen concentrando un buen número de investigaciones sobre la historia contemporánea española, aportando conocimientos e interpretaciones y contribuyendo a debates sobre cuestiones del máximo interés.

En *¿Amigo o enemigo?*, Peter Anderson analiza la violencia política desencadenada por el golpe de Estado de julio de 1936 en toda España, y los instrumentos del Nuevo Estado en construcción para consolidarse, con la colaboración fundamental de una parte

de la sociedad, aquella que se identificó o fue identificada con los sediciosos y que, en términos generales, sufrió represalias —del asesinato a la incautación de bienes— en la retaguardia republicana. El estudio está centrado en tres escenarios en los que fracasó la rebelión antirrepublicana en julio de 1936. En efecto, en Málaga, Bilbao y Barcelona las fuerzas de seguridad fieles al gobierno republicano y las milicias obreras lograron parar el golpe, pero ello dio lugar al colapso de las instituciones, especialmente a su pérdida de control del orden público, y a una ola de violencia contra personas e instituciones consideradas favorables a los sediciosos. Las víctimas de esa violencia —«excautivos» y familiares de las «víctimas de la Causa Nacional»—, así como los «excombatientes», se convirtieron en uno de los apoyos más firmes y persistentes de la dictadura encabezada por Franco y, en proporción significativa, colaboraron en la represión desencadenada por las nuevas autoridades tras la denominada «liberación».

El estudio de Anderson confirma algo ya conocido —cabe destacar el estudio pionero de Conxita Mir publicado hace casi veinte años—, como es la importancia de la colaboración de una parte de la población en la «depuración» general —un concepto que me parece más adecuado que el de «ocupación» defendido por el autor— perseguida por los franquistas. Anderson explica, fundamentalmente a través de numerosos casos concretos, tanto la violencia en la retaguardia republicana como la represión franquista y las colaboraciones que ésta tuvo. Ello le permite narrar las múltiples circunstancias que, más allá de la voluntad y de los objetivos de los principales actores polí-

ticos, y en ambas zonas, determinaron el destino de multitud de personas, incluyendo las acciones de quienes, independientemente de sus ideas, intentaron proteger e incluso salvar vidas, por causas igualmente muy diversas —vínculos personales, piedad, agradecimiento, pero a veces también intereses poco confesables—. Ésta me parece una aportación del libro especialmente remarcable, aunque el autor tiende a veces a generalizar excesivamente a partir de esos casos concretos.

Por otra parte, el libro analiza con detalle los diversos mecanismos utilizados por los rebeldes primero y, después, gobernantes para recopilar toda la información posible sobre el conjunto de la población, para poder determinar quiénes eran los «amigos» y quienes los «enemigos», o dicho al modo franquista, para clasificar a la población en «adictos, desafectos e indiferentes», y, especialmente en la segunda categoría, establecer grados en la represión a aplicar, especialmente con el paso del tiempo, lo que comportaría el paso gradual de una violencia muy extensa a otra más selectiva. Para clasificar y reprimir, los dirigentes franquistas debían conocer las actitudes políticas de la población en el pasado reciente y especialmente, su actuación desde el inicio de la guerra civil allí donde el golpe fracasó.

Para Peter Anderson, el sufrimiento de quienes fueron perseguidos en la retaguardia republicana, perdieron a familiares y amigos, o vieron desaparecer sus bienes y propiedades explicaría su colaboración con el nuevo régimen, incluso la sed de venganza de muchos. Pero, sin cuestionar que ello fue así, el autor debería considerar lo ocurrido en aquellas zonas donde triunfó el golpe de

Estado, en muchos lugares sin apenas resistencia ni violencia. ¿Hubo en esos lugares, como por ejemplo Navarra, Galicia o la provincia de Valladolid, menos violencia franquista que donde hubo una previa violencia «revolucionaria»? Ciertamente, no. ¿Hubo un menor apoyo de los sectores identificados con los rebeldes a la hora de «depurar» y de asentar el Nuevo Estado? Todo parece indicar que tampoco. Sin duda las violencias desencadenadas por el golpe y la guerra alimentaron más violencia, pero para alcanzar sus objetivos los golpistas de julio y los dirigentes del Nuevo Estado en construcción contemplaron la necesidad de un baño de sangre en el marco de una depuración general de la sociedad. Probablemente lo que aportaron las víctimas de la violencia en la retaguardia republicana fue un más radical y persistente apoyo a la dictadura, con todas las excepciones que se quiera.

Los tres escenarios estudiados por el autor son distintos; Málaga estuvo solo unos meses en manos republicanas, con un Nuevo Estado apenas en los inicios de su construcción en todas sus dimensiones. En cambio, Barcelona fue ocupada dos meses antes del final de la guerra, con unos aparatos estatales ya configurados. Con respecto a Bilbao, de hecho sobre el conjunto del País Vasco, una de las aportaciones más destacada del libro, el estudio se centra en las consecuencias de la rendición de Santoña, la clasificación de los prisioneros para poder «depurarlos» adecuadamente, distinguiendo distintas categorías, así como en la represión sobre el clero nacionalista vasco. A remarcar también, las aportaciones que realiza el autor sobre la acción diplomática para atenuar la extrema violencia franquista,

incluyendo la de aliados como la Italia fascista, así como la diplomacia británica o la vaticana.

Anderson señala acertadamente las dificultades para la clasificación de la población, obvias al tratarse de una guerra civil que radicalizó las fracturas ideológicas, religiosas, políticas y sociales de la sociedad española; fracturas no homogéneamente distribuidas a lo largo del territorio, y con una partición inicial que, como indicó hace muchos años Pierre Vilar, fue fruto de «la lógica y el azar», por tanto, con partidarios de los golpistas en el territorio que quedó en manos de la República, y con una población hostil a las nuevas autoridades allí donde triunfaron en los primeros momentos y en las zonas que progresivamente fueron ocupando.

Para lo franquistas, establecer un Nuevo Orden antiliberal y antimarxista, nacionalista y católico, exigía proceder a una depuración general de la sociedad, lo que implicaba los asesinatos de quienes se resistieran o desafiaran a las nuevas autoridades, en especial en los primeros tiempos, las ejecuciones tras un procedimiento formal, habituales más adelante, encarcelamientos, destierros, despidos, inhabilitaciones —temporales o definitivas— para continuar ejerciendo la profesión, incautaciones de bienes, sanciones económicas etc. En este sentido, una mayor contextualización, dirigiendo la mirada a una realidad más amplia y compleja, consultando más extensamente la bibliografía existente, hubiera sin duda enriquecido la investigación.

Especialmente para el caso de Málaga, el autor se detiene en la importancia de los certificados de buena conducta, sin duda relevantes pero que constituyen solo una parte de la vasta

documentación relacionada con la información sobre las actitudes de la población que manejaban los organismos franquistas, información fundamental para el funcionamiento de la maquinaria represiva, y que constituye hoy, junto con avales y, sobre todo informes, una valiosa fuente documental. Junto a los informes de los alcaldes, deben tenerse muy en cuenta los de la Guardia Civil y de los demás organismos policiales, los del Servicio de Información e Investigación del partido único FET-JONS, así como los no menos importantes de los curas párrocos.

Me parece conveniente señalar que tampoco deben ignorarse los mecanismos para forzar la colaboración en la represión. Por ejemplo, en los procesos depuradores en la administración pública y también en grandes empresas se exigía para la readmisión de cada empleado una declaración jurada en la que, además de explicar la propia trayectoria, se debía indicar qué trabajadores eran izquierdistas, separatistas, anticatólicos, simpatizantes del Frente Popular, o simplemente contrarios a la «Causa Nacional», algo que en muchas ocasiones las comisiones depuradoras ya conocían, pero que constituía una prueba de la sinceridad del declarante o de sumisión al nuevo orden. Así pues, no todas las colaboraciones pueden considerarse voluntarias, puesto que muchas eran obtenidas mediante una fuerte presión.

Por todo ello, este tipo de documentación debe analizarse con sumo cuidado. En este sentido, llama la atención que el autor, con alguna frecuencia, de crédito a lo expresado por denunciantes o por las propias sentencias de los tribunales militares a la hora de explicar

determinados hechos o actitudes y comportamientos, lo que puede llevar a conclusiones no bien fundamentadas o sencillamente erróneas.

Si la explicación sobre la formación de una amplia documentación sobre Cataluña, que fue de gran utilidad cuando se ocupó el territorio, me parece otra aportación destacable del libro de Anderson, la explicación sobre los acontecimientos de julio de 1936 en Barcelona y sobre la retaguardia catalana se fundamenta excesivamente en libros testimoniales por lo que la visión que se ofrece es excesivamente simple y sesgada. Sin duda, la consulta de los fundamentales estudios de José Luis Martín Ramos hubiera permitido al autor una narración mucho más completa y matizada.

En resumen, el libro de Peter Anderson, a partir de una consulta documental muy amplia y, en buena medida, mediante la narración de la gran diversidad de casos y situaciones en torno a las violencias políticas y a la clasificación de la población y a sus actitudes y comportamientos, contribuye a comprender la complejidad de una guerra civil y de la creación de un Nuevo Orden, con formulaciones interpretativas de indudable relevancia.

Si el libro de Anderson concluye en 1939, este es el punto de arranque del estudio de Carlos Fuertes. En los últimos años, han aparecido valiosos trabajos sobre las actitudes sociales hacia el franquismo, a los que se suma la aportación muy relevante de Fuertes, quien había avanzado ya algunos resultados de su investigación en algunas publicaciones recientes.

*Viviendo en dictadura*, libro que tiene su origen en la tesis doctoral del autor presentada en la Universitat de



València, constituye una excelente investigación sobre el amplio abanico de actitudes sociales hacia el franquismo, considerando todos sus matices y los cambios experimentados a lo largo del tiempo, a partir de un análisis más detenido en la realidad valenciana, pero con la mirada dirigida al conjunto de la sociedad española.

Como indica el autor al inicio de las conclusiones, «toda investigación sobre las actitudes sociales bajo la dictadura franquista debería asumir, por lo escuadrado del tema y la dificultad de su estudio, los notables límites en su capacidad para establecer conclusiones tajantes y definitivas» (p. 265). Y así lo hace el autor.

Me parece oportuno destacar, en primer lugar, el capítulo introductorio en el que Fuertes realiza un sólido estado de la cuestión sobre los estudios relativos a las actitudes sociales en las dictaduras del siglo XX, en especial las de naturaleza fascista. Igualmente, cabe resaltar la opción de analizar todo el período franquista, dedicando además una particular atención a las décadas menos estudiadas, desde los años cincuenta al final de la dictadura en los setenta. La principal fortaleza de la investigación radica en las fuentes consultadas. Por una parte, la documentación de las propias instituciones dictatoriales, siempre atentas a las actitudes sociales, lo que permite conocer la información que manejaban los dirigentes del régimen y que, en grados diversos, condicionaba sus decisiones, incluidas las relativas a las políticas a desarrollar para conservar y para ampliar el consentimiento. Por otra parte, la documentación de la oposición antifranquista, incluyendo desde los informes internos, tanto sobre las difi-

cultades para la acción opositora como las expectativas para la movilización, hasta las cartas de oyentes/informantes de Radio España Independiente. Si las fuentes anteriores han sido objeto de atención en otras investigaciones, el estudio de Carlos Fuertes se enriquece notablemente a partir de documentos inéditos y con la consulta extensa de los informes elaborados por diplomáticos extranjeros, en especial británicos.

Toda esta documentación debe analizarse críticamente, atendiendo a las características de los autores de los informes, de los destinatarios y de los objetivos explícitos o implícitos perseguidos. Si bien el autor realiza algunas consideraciones críticas en algunas ocasiones, en otras parece dar crédito a descripciones y consideraciones muy discutibles. Por ejemplo, las relativas a la mejora económica de los años cincuenta, sin duda significativa en relación a la década anterior, pero mucho menos de lo señalado, por ejemplo, por informes de diplomáticos británicos. O los efectos de las actividades generadoras de consentimiento del Frente de Juventudes/OJE, sobre lo que se debería dimensionar la efectiva magnitud de tales actividades.

El estudio de Carlos Fuertes se fundamenta también en fuentes orales. El autor realizó 71 entrevistas, una cifra muy elevada considerando lo habitual en muchas investigaciones, además de consultar testimonios procedentes de otros estudios y del Museu de la Paraula de Valencia. La mayoría de los entrevistados son valencianos, en un número elevado de la capital. Llama la atención, y tal vez explica una de las limitaciones del libro, la poca presencia de los nacidos en otras regiones españolas, con lo que falta la experiencia de los inmi-

grantes, un colectivo que sufrió unas condiciones de vida muy duras coincidiendo con las décadas del desarrollo y de inicio del consumismo, y que tuvo un papel fundamental en el surgimiento y desarrollo en las principales ciudades en crecimiento de los movimientos vecinales. Ciertamente, la inmigración interior se concentró en proporción muy elevada en Madrid y Cataluña, pero en el período 1960-1975 el País Valenciano fue la tercera región con un mayor saldo migratorio positivo, por lo que prescindir de testimonios de este perfil empobrece sin duda la investigación.

El estudio de Fuertes se aproxima al análisis de las actitudes sociales a partir de los factores que favorecían la adhesión o el consentimiento al franquismo y de las políticas gubernamentales dirigidas a mantenerlo o incrementarlo. Lo hace considerando la extrema complejidad del tema, incrementada por la larga duración de la dictadura, que propició modificaciones en las actitudes además de las derivadas del inevitable cambio generacional.

Entre los primeros factores, destaca singularmente la memoria traumática de la guerra civil, omnipresente en los primeros años de la dictadura y, aunque debilitada con el paso del tiempo, nunca desaparecida. Y puesto que con frecuencia ha sido poco considerada, me parece destacable la apreciación del autor sobre la negativa valoración de la violencia política en la retaguardia republicana incluso en el segmento de la población menos identificado con el régimen y mucho más todavía en sectores ubicados en las «zonas intermedias». Las políticas de la memoria franquista y la simple propaganda tuvieron obviamente en esa violencia una de sus fundamentaciones. Pero,

además, lejos de las descripciones épicas de uno u otro signo, la memoria extendida en buena parte de la sociedad española sobre la guerra civil fue la del dolor, la inseguridad, el miedo y las carencias de todo tipo, lo que permitió que el franquismo utilizar a fondo la «paz» y el orden que aseguraba y que además presentaba como signos de identidad del propio régimen.

Naturalmente, la violencia extrema de los primeros años de la dictadura, y el mantenimiento plenamente operativo hasta su final de un formidable aparato represivo, constituye una realidad esencial para explicar la extensión de las actitudes pasivas, incluso en los sectores más hostiles al franquismo, así como la adopción de estrategias de defensa personales y familiares, con consecuencias potencialmente favorables para los gobernantes.

A partir del inicio de los años sesenta, la mejora de las condiciones de vida y la propaganda del «desarrollo» llevan al autor, a partir de documentos y testimonios, a señalar una disminución de una hostilidad intensa en los años de la posguerra entre los «vencidos», incrementada por las durísimas condiciones de vida de las clases populares durante el primer franquismo, principales víctimas de la política autárquica e intervencionista. Sin embargo, dicha menor hostilidad se manifestó junto a la extensión del disenso y de la conflictividad social, que rompía la «paz» y el orden franquista. El autor le dedica las páginas finales del libro, pero me parece que la relevancia del fenómeno hacía necesaria una mayor atención. ¿Cómo influye, por ejemplo, la extensión de los conflictos obreros, estudiantiles y, más tardíamente, vecinales en el crecimiento del disenso activo? Los entrevistados

por el autor no dicen prácticamente nada al respecto y muy poco los documentos analizados. Pero hay fondos orales que dedican, por ejemplo, una notable atención a lo que el autor ha denominado adecuadamente la «cultura de la protesta» o la «cultura del cambio».

Carlos Fuertes realiza un muy notable esfuerzo para señalar continuamente los éxitos y a la vez los límites e incluso las contradicciones de las políticas franquistas para conservar y aumentar los apoyos a la dictadura. Sin embargo, a veces, queda desdibujada la realidad finalmente descrita.

En unas pocas ocasiones, el autor hace referencia a los resultados electorales de junio de 1977, unos datos habitualmente poco tenidos en cuenta en estudios sobre las actitudes, y que me parecen muy significativos, especialmente en investigaciones que van mucho más allá del primer franquismo. El análisis de los resultados electorales, con más de la mitad de los votos —considerando las candidaturas que obtuvie-

ron representación parlamentaria y las que no— a partidos antifranquistas, la marginalidad de los resultados de las candidaturas estrictamente franquistas, y el fracaso de los continuistas-reformistas de Alianza Popular aporta indicadores no menospreciables de las actitudes de los españoles no solo en el momento de depositar el voto. Fue la primera vez en cuarenta años que los ciudadanos podían expresarse libremente, y parece poco probable que sus actitudes se expliquen exclusivamente por la evolución política de los meses anteriores, y no por fenómenos de más largo recorrido como la memoria, las continuidades en las culturas políticas o la extensión de una cultura democrática precisamente bajo una dictadura.

En definitiva, los libros de Carlos Fuertes y Peter Anderson constituyen contribuciones muy relevantes, aportan conclusiones bien fundamentadas y abren o profundizan debates enriquecedores, que son los que permiten el avance en el conocimiento.

---

Pere Ysàs

Universitat Autònoma de Barcelona

pere.ysas@uab.cat

VIADERO CARRAL, Gabriela, *El cine al servicio de la Nación (1939-1975)*, Madrid, Marcial Pons, 2016, 444 págs., ISBN: 978-84-15963-91-2.

Mucho se ha escrito sobre nacionalismo, franquismo y cine español, grandes temas que han sido abordados por la historiografía separadamente, pero pocas son las investigaciones que los han conjugado. Así como el estudio del nacionalismo español tiene un largo recorrido en nuestro país fundamen-

almente a través del rastreo de la génesis de éste durante el siglo XIX y su evolución en el XX, —no tanto en relación al Franquismo por lo obvio de su imbricación— del franquismo han sido estudiados una infinidad de aspectos que abordan cuestiones relativas a la propia naturaleza del régimen, la represión, los